

Trajano, detúvose Constancio confundido, paseando sus miradas por aquellas construcciones gigantescas, cuya inefable belleza declara el historiador no poder describir (77).

El gran rey, el monarca legítimo de la Persia, el hermano mayor de aquel Sapor II tan funesto á Juliano y al imperio romano, Hormisdas se había refugiado á este imperio, y acompañaba á Constancio en su vista de Roma. Volviéndose el emperador, á su huésped, le dijo: «Si no puedo reproducir enteramente este foro, confió al menos en que podré hacer imitar el caballo de la estatua ecuestre del príncipe.—Puedes hacerlo, dijo Hormisdas, mas antes manda edificar una caballeriza semejante á esta, para que tu caballo esté con tanto desahogo como el que vemos (78).»

Habiendo interrogado á este mismo desterrado sobre lo que pensaba de Roma: «Lo que me agrada en ella, dijo, es que los hombres mueren allí como en otras partes (79).»

Hormisdas siguió á Juliano en su expedición contra los Persas, y se oyó apellidar traidor por un oficial de Sapor, de aquel Sapor que ocupaba contra todo derecho el trono de su hermano.

Hormisdas vió morir á Juliano, del mismo modo que había visto pasar por el imperio á Constantino y á Constancio, y dejó un hijo á quien Teodosio I encargó el mando de una tropa de gados en Egipto. El último sucesor del héroe macedonio que destruyó el antiguo imperio de Ciro, Perseo, destronado, murió ejerciendo el oficio de escribano entre sus vencedores; y el heredero del nuevo imperio de los Persas; restablecido sobre las ruinas del de Alejandro, fué á buscar un abrigo en los palacios vacilantes de los Césares. En vez de asistir á la historia de su propio país Hormisdas fue un testigo de los Partos enviado para asistir al inventario de los monumentos romanos, puestos á pública subasta de las naciones, y para certificar la verdad de la caída de Roma. Todavía no lo he dicho todo: Hormisdas, criado por los magos, era cristiano: así las cosas y los hombres se ven arastrados por el encadenamiento de los eternos decretos (80).

Constancio declaró que la fama, que acostumbraba hacer uso de la mentira, de la malignidad, y siempre de los colores exagerados, se había quedado muy inferior á la verdad (81) en lo que refería de Roma. Intentó imprimir en ella algunas huellas de su paso; pero conociendo su propia importancia, tomó del país de los sepulcros un adorno fúnebre para la reina moribunda del mundo: el obelisco de templo de Heliópolis, que Constantino había proyectado trasladar á Constantinopla, fue enviado del Nilo al Tiber, y levantado en Roma en el gran circo: después Sixto V decoró con él la plaza de San Juan de Letran. Aun en el día puede verse en pie este monumento de un Faraon, de un emperador y de un papa, que sucumbieron igualmente (82).

Constancio, á quien faltaba según Libanio el corazón de un príncipe y la cabeza de su capitán: aquel soberano que pasó su reinado en las tribulaciones de las discordias civiles, y de una guerra tenida contra Sapor, aumentó su embarazosa situación, tomando parte en las contiendas eclesiásticas. Su corte era arriana, y en los concilios de Seleucia y de Rimini abrazó personalmente el partido de los arrianos. A solicitud de Constante su hermano, había llamado al pronto á Atanasio de su primer destierro, y le conservó aun en su sede después de la deposición pronunciada por el concilio arriano de Antioquia; pero le abandono en el tercer concilio de Milan. Hubo obispos desterrados, intrusos, católicos, arrianos, y semi-arrianos. Entonces se celebró el primer concilio de París ó de Lutecia (83), y se declaró católico bajo la protección de Juliano, que meditaba en el mismo si-

tio el restablecimiento del paganismo. San Hilario de Poitiers, desterrado en Oriente, halló los mismos desórdenes al volver á su Iglesia, y escribió así contra el emperador Constancio: «Saludais á los obispos con el beso con que fue vendido Jesucristo: bajais la cabeza para recibir su bendición, y hollais con los pies su fe.» Lucifer de Cagliari, mas osado aun, amenazó con la espada de Matathías y de Fines al infiel Constancio. San Martín, que aparecía entonces en la escena, sirvió primero como soldado en las tropas del apóstata, y dió nacimiento al primer monasterio de las Galias, llamado Lugugiacum ó Ligugé, distante dos leguas de Poitiers. Pacomio, Hilarión y Macario, habían sucedido á San Antonio y San Pablo, y San Basilio meditaba ya la regla que debía gobernar en el Oriente á un pueblo de solitarios.

La turbulencia y la ligereza de Constancio arruinaban el imperio con convocaciones de concilios y traslaciones de obispos en los carruajes y caballos de las postas imperiales (84). Sus profusiones aumentaban su codicia, pronunciaba sentencias injustas, y el tormento arrancaba á los reos mentiras que se tomaban por verdades (85). En vez de emplear su autoridad en extinguir las disputas religiosas, inflamábalas con su manía de argumentar, y con los ensueños místicos de las mujeres y de los eunucos.

Los papas Julio y Liberio se habían declarado sucesivamente en Roma en favor de San Atanasio, aunque Liberio se mostró primero débil, y San Hilario le anatematizó. Liberio perseguido se ocultó en los cementerios que rodean la ciudad, y habiéndole descubierto le condujeron á Milan, donde el emperador procedió al interrogatorio. Defendió á Atanasio, y respondió á Constancio que le acusaba de sostener él solo á un impio: «Aun cuando yo fuese solo, no sucumbiría la fe (86).» Desterrado á Berea en la Tracia, se negó á admirar el dinero que el emperador, la emperatriz y el eunuco Eusebio le ofrecían: «Has dejado desiertas las Iglesias del mundo, decia al postero, y ¡me ofreces una limosna como á un criminal (87)!» Félix, archidiacono de la Iglesia Romana, fue el anti-papa arriano.

Constancio permaneció en Roma en la época en que mas ardimiento manifestaban los partidos que sostenían á Félix y á Liberio. Las matronas romanas católicas se presentaron al emperador con la magnificencia acostumbrada de sus adornos, rogándole que restituyese al rebaño su pastor ausente, consintió el emperador en llamar á Liberio, con tal que gobernase la iglesia de acuerdo con Félix. Leyóse esta resolución en el circo al pueblo reunido, y las dos facciones paganas que se distinguían por sus colores. Dijeron zumbándose que cada una tendría, su pastor; mas la muchedumbre cristiana prorumpió en esta aclamación: ¡Un Dios! ¡Un Cristo! ¡Un obispo (88)! En otro tiempo la misma plebe gritaba: ¡A las fieras los cristianos!

En medio de aquella confusión, vuelto Constantino á Oriente (89), y envidioso de los triunfos de Juliano, intentó debilitarle la mayor parte de su ejército, bajo pretexto de continuar la guerra contra Sapor. Juliano dió prisa á sus tropas, ó fingió darla para que partiesen, y esta fue la primera escena grande y militar de que París fue testigo.

Sentado en un tribunal levantado en las puertas de Lutecia, Juliano invitó á los soldados á obedecer las órdenes del Augusto, y los soldados guardando triste silencio se retiraron á su campamento. Juliano acarició á los oficiales, y les manifestó el pesar que le causaba separarse de sus compañeros de armas sin poderlos recompensar dignamente. A media noche se sublevaron las legiones, saliendo en tumulto del banquete dado por despedida, cercaron el palacio, y desvainando las espadas á la luz de las antorchas, gritaron: ¡Juliano es Augusto (90)!

Habia mandado este atrancar las puertas, y forzaron los soldados al despuntar el día; apoderáronse del César, y le llevaron á la manera de un déspota asiático: (91) el collar militar de un astuario (92) le sirvió de diadema; porque rehusó ponerse para esto, (por ser de mal agüero) un collar de mujer (93) ó un adorno de caballo que le presentaban los soldados.

Para que nada de extraordinario faltase al advenimiento del restaurador de la idolatría, Juliano escribió al pueblo y al Senado atenienses (*Ad. s. p. q. Ath.*) la relación de lo que había pasado en Lutecia; envió cartas aclaratorias á Constancio, pidiéndole la confirmación del título de Augusto. Para encontrar otro ejemplo de un emperador proclamado en París, preciso es saltar de Juliano á Napoleon. Después de inútiles negativas, Constancio desechó los ruegos de su rival, y le intimó que dejase la púrpura tratándole de ingrato; «Acuérdate que te protegí cuando eras huérfano — ¡Huérfano! dijo Juliano en su respuesta á Constancio: ¡el asesino de mi familia me hecha en cara el haber sido huérfano (94)!

Juliano reunió en Lutecia al pueblo y al ejército, les comunicó los mensajes que habían llegado de Oriente, y les preguntó si debía abdicar el título de Augusto. Levantóse extraordinaria gritería diciendo: «Sin Juliano Augusto, piérdese el poder para las provincias, los soldados y la república (95).»

El cuestor Leonás fue el encargado de llevar la respuesta pública á su amo, con una carta particular llena de cólera y del desprecio de Juliano.

Decidido á marchar á Oriente, partió Juliano con tres mil soldados, apenas le seguían otros treinta mil. Todo fué consternación: Tauro, prefecto de Italia, huyó; é igualmente emprendió la fuga Florencio, prefecto de Iliria; solo Nebridio, prefecto del Pretorio en Occidente, permaneció fiel á Constancio; perdió una mano de un sablazo, y Juliano rehusó estrechar la noble diestra que restaba á Nebridio (96).

El nuevo Augusto bajó al Danubio, costeano unas veces sus orillas y entregándose otras á su corriente; vino á parar á Sirmio, capital de la Iliria occidental; se apoderó del paso de Suques, entrada de la Tracia, é hizo alto separando á su ejército (97).

Entonces volvió los ojos á lo pasado y la espalda, al porvenir, y preparándose la triste gloria de haber sido el primer príncipe apóstata, abjuró públicamente el Cristianismo; declaró que confiaba su vida y sus causas á los dioses inmortales, mandó volver abrir las puertas de los templos con grande estruendo, y secó el agua del bautismo con la ceremonia del taurobólo una sola divinidad de las invocadas apareció por un instante entre el humo de los sacrificios de Juliano, la Victoria.

Los soldados que le acompañaban, blandiendo las espadas por encima de sus cabezas, ó volviendo la punta del acero contra sus pechos, habían jurado morir por su causa, no obstante que muchos eran cristianos; mas Juliano los había engañado. Antes de salir de las Galias había entrado el día de la Epifanía en la iglesia de Viena y orado en ella. Ammiano-Marcelino afirma que en aquel momento mismo profesaba en secreto el paganismo (98): ¡qué diría pues el perjurio en Viena al Dios de los cristianos?

Constancio * se preparaba á rechazar la invasión cuando murió en Mopsucrena de Cilicia, después de haber sido bautizado por Euzoio, de la comunión arriana. El Senado de la nueva capital se puso de parte de la fortuna, y Juliano entró en su ciudad natal, á la que Constancio decia amaba como á su hermana, y que el Juliano adoraba como á una madre (99). Constantinopla cristiana recibió la idolatría, así como Roma pagana había recibido el Evangelio. Una comisión establecida en Calcedonia juzgó á los

* JULIANO, EMPER. DAMASO, PAPA, J. C. 362—363.

ministros de Constancio: y Pablo, Apodemo y el eunuco Eusebio, fueron justamente castigados: otros sufrieron con injusticia la muerte y el destierro.

La corte experimentó una reforma total, y se despidió á miles de cocineros y barberos: uno de estos se presentó soberbiamente vestido para cortar los cabellos al sucesor de Constancio. «No he pedido un tesoro dijo Juliano, sino un barbero (100).» Los agentes, que ascendían á mas de diez mil, quedaron reducidos á diez y siete; y abolidos los curiosos y otras clases de espías.

Conviene ahora conocer mas interiormente al hombre que ha llegado á ocupar en la historia un lugar privilegiado, oponiendo su genio y su poder á la transformación social de donde han salido los pueblos modernos.

SEGUNDA PARTE.

DESDE JULIANO HASTA TEODOSIO I.

CUANDO Juliano fue desterrado á Atenas por Constancio, hallábanse en aquella ciudad San Basilio y San Gregorio Nacianceno; este último nos ha dejado un retrato del apóstata, en que se trasluce la enemistad del pintor. «Era de mediana estatura; tenía el cuello grueso y anchos los hombros, que levantaba y removía con frecuencia, así como la cabeza: su pisar no era muy firme, ni muy seguro el paso. Sus ojos eran vivos; pero sin fijeza y muy saltanes: su mirada era furiosa; la nariz desdeñosa é insolente; la boca grande; el labio inferior algo pendiente, y la barba erizada y puntiaguda; hacia gestos ridiculos y movimientos con la cabeza sin objeto: reía sin medida y á grandes carcajadas; deteníase al hablar y tomaba aliento; dirigía preguntas impertinentes, y daba respuestas contradictorias la una de la otra, y que carecían de firmeza y de método (1).»

Ammiano-Marcelino, que miraba á Juliano con buenos ojos, conserva sin embargo en el retrato de este príncipe algunos rasgos del de Gregorio Nazianceno (2); y el mismo Juliano en el Misopogon aparece atestiguar la malévolá exactitud del pincel cristiano.

«La naturaleza, á mi entender, no ha prodigado atractivos á mi rostro; y yo perezoso y extravagante, le añado mi larga barba en castigo de su aire desagradable. En esta barba dejo errar los insectos (3) como las bestias en el bosque. No puedo comer ni beber á mi antojo, porque temo comer imprudentemente mis pelos con el pan. Es para mí una felicidad el que no me cuide de dar, ni de recibir besos....

»Decís que pueden tejerse cuerdas con mi barba; consiento con todo mi corazón en que arranqueis los pelos: guardaos solo de que su aspereza no estropee vuestras manos suaves y delicadas.

»No vayais á creer que vuestras zumbas me desconsuelan, al contrario, me complacen, porque en fin, si mi barba es como la de un chibo, podría, afeitándola asemejarla á la de un lindo mozuelo, ó á la de una donzella, sobre quien la naturaleza ha derramado sus gracias y su hermosura. Pero vosotros, los que tenéis una vida afeminada y costumbres pueriles, queréis parecer jóvenes hasta en la vejez, no es como yo, en las mejillas, sino en vuestra frente arrugada donde se da á conocer el hombre.

»No me hasta mi desmedida barba; llevo la cabeza desaliñada; rara vez corto el cabello; rara vez las uñas, y tengo los dedos ennegrecidos con la pluma.

»Queréis saber mis imperfecciones secretas? Mi pecho es horrible y velludo como el del Leon, rey de los animales. Nunca he querido afeitarme: ¡tan toscos y despreciables son mis hábitos! Nunca he aseado

parte alguna de mi cuerpo; y os lo diría todo francamente, aun cuando tuviese una verruga como la de Cimon (4).»

¡Y es el Señor del mundo el que habla de sí mismo de esta suerte! Pero esta humildad brutal, es el orgullo del poder.

Juliano estaba adornado de virtudes, de talento y de una grande imaginación: pocas veces un mismo hombre ha escrito y llevado una corona como Juliano. Aborrecía los juegos, los teatros, los espectáculos: era sóbrio, laborioso, intrépido, ilustrado, justo, administrador perfecto y enemigo de la calumnia y de los delatores. Amaba la libertad y la igualdad, tanto como puede amarlas un príncipe, y desdeñaba el título de Señor ó de amo. Perdonó en las Galias á un eunuco encargado de asesinarle.

Un día le enseñaron un ciudadano que decían aspirar al imperio, porque se había mandado preparar un manto de púrpura. Juliano encargó al oficioso amigo del príncipe legítimo, presentase al usurpador un par de borceguines adornados de púrpura, para que nada faltase al traje imperial (5). La ley prohibía bajo pena de muerte que se fabricasen para los particulares telas de púrpura, y un usurpador se veía reducido en los primeros momentos de su elección, á robar la púrpura de las banderas militares y de las estatuas de los dioses.

Maris, obispo arriano de Calcedonia, insultaba á Juliano que ofrecía sacrificios en un templo de la fortuna. Juliano le dijo: «Anciano, el galileo no te volverá la vista,» Maris era ciego.—Le doy gracias, respondió el obispo, porque así me ahorra el dolor de ver un apóstata como tú (6).» El emperador sufrió con paciencia esta reconvencción injuriosa.

Delphidio, célebre abogado de Burdeos, pleiteaba delante de Juliano contra Numerio, acusado de concusión en el gobierno de la Galia-Narbonense; y Numerio negaba los hechos: «¿Quién no será inocente gritó el abogado, si basta negar?—¿Y quién estará inocente, replicó Juliano, si basta ser acusado (7)?»

Otros abogados encomiaban á Juliano. «Regocijárame vuestros elogios, les dijo, si tuvierais valor para censurarme» (8).

El pueblo de Antioquía denunció á un cierto Thalasio por exactor y enemigo antiguo de Galo y de Juliano. «Conozco dijo el emperador que me ha ofendido: y eso mismo debe hacer os suspender vuestras persecuciones hasta que me haya vengado de mi enemigo.» Y perdonó al acusado (9).

Un hombre se prosternó á sus pies en un templo rogándole á gritos que le perdonase la vida. «Es Teodoto, le dijeron, jefe del Consejo de Hieraplea; que en otro tiempo pedía vuestra cabeza á Constantino.—Hace mucho tiempo que lo sabía, respondió el emperador. Vuelve en paz á tus hogares, Teodoto: Tengo empeño en disminuir el número de mis enemigos y aumentar el de mis amigos» (10).

Cierta mujer se quejaba contra un criado de la servidumbre militar despedido de Palacio; y no se había atrevido á citarle mientras se mantuvo en el favor. Presentose en la audiencia imperial con las insignias de su empleo; y la mujer se creyó perdida, presumiendo que su adversario había vuelto á la gracia del príncipe. «Mujer, dijo Juliano, sosten tu acusación: el demandado no se ha puesto su cinto sino para caminar mas aprisa por el lodo; sus insignias nada pueden contra tu derecho» (11).

La publicación del Misopogon manifiesta la misma elevación de carácter: prescindiendo del orgullo cínico de esta obra, un hombre revestido del poder absoluto; rodeado de un ejército de bárbaros consagrados á sus mandatos, un príncipe que podía con una sola señal hacer exterminar á sus insolentes detractores; y que se contenta con vengarse de un libelo con un folleto, es un ejemplo único en la historia de los pueblos

y de los reyes, César en el Anti-Caton no tuvo que vengarse sino de la virtud, y no pudo vencerla ni aun uniendo las armas á la sátira.

Los Césares son todavía mas extraordinarios que el Misopogon ¿Qué soberano ha juzgado jamás á sus predecesores con tanto rigor, y superioridad? Julio-César entra el primero en el banquete de los dioses: Sileno advierte á Júpiter que aquel convidado podría muy bien pensar en destronarle, y Júpiter observa que la cabeza de aquel mortal no deja de parecerse á la suya. Viene Augusto, Augusto, cuyos colores del rostro cambian como los del camaleon: Tiberio de aspecto fiero y terrible, y con la espalda cubierta de lepra: Calígula, monstruo á quien precipitan en el Tártaro: Claudio, príncipe de escaso entendimiento, que no es nada sin Palas, Narciso y Mesalina: Neron con una corona de laurel en la cabeza y una lira en la mano, á quien Apolo arroja en el Cocito: Siguen despues hombres de todas clases; los Galbas, los Othones, los Vitelios; Vespasiano que corre á apagar el fuego prendido en los Templos (12). Tito á quien envían á la Venus pública, Domiciano á quien encadenan junto al Toro de Falaris y Nerva, á cuya vista exclama Sileno: «Dejasteis oh dioses, quince años á un monstruo en el trono, y este anciano afable y justo no ha reinado un año en tero! Júpiter tranquiliza á Sileno anunciándole que seguirán á Nerva, príncipes virtuosos.

Preséntase Trajano: Sileno recomienda en el instante á Júpiter que vigile al que da de beber á los inmortales. ¿qué busca Adriano? ¿Su Antinoo? No está en el Olimpo.—Antonino, moderado, excepto en amor, detendriase á dividir en porciones iguales un grano de comino. Al ver á Marco-Aurelio, Sileno declaró que nada tenía que echarle en cara.

Sobreviene un debate entre Alejandro y César, justadores de la gloria. César afirma que ha eclipsado á los hombres grandes de su tiempo y de todos los siglos, y todos los países. ¿Qué pretende Alejandro con su conquista de la Persia? ¿Puede oponer algo acaso á la batalla de Farsalia? ¿Quién era mas diestro capitán, Pompeyo ó Darío? ¿Dónde estaban los mejores soldados? «Tú Alejandro, degollaste á los ciudadanos de Tebas incendiaste las ciudades de los desventurados griegos; Yo César conquisté las Galias, pasé el Rhin, atravesé el Océano y salté á la costa de los Bretones. Tu venciste diez mil griegos, y yo derroté á ciento cincuenta mil romanos.»

Alejandro que comenzaba á enfurecerse, apostrofa á Júpiter, y le pregunta cuando acabará de alabarse aquel hablador romano. ¡Ha triunfado de Pompeyo! ¡Pompeyo, pobre hombre, que se aprovecho de los triunfos de Lúculo, y á quien han dado el nombre de grande por lisonja; ¿pero podía compararse á Mario, á los dos Escipiones, á Camilo? ¿Tú derrotaste á Pompeyo César? ¡A Pompeyo tan cuidadoso de su peinado, que no se atrevía á rascarse la cabeza sino con la punta del dedo! No sometiste á los Galos y á los Germanos sino para encadenar tu patria: ¿hubo nunca acción mas impía y detestable? No hables con tanto desden de los diez mil griegos á quienes me ví obligado á rendir. Vosotros, Romanos que apenas habeis podido apoderaros de la Grecia en su decadencia, que os esforzásteis por someter un estado reducido, casi ignorado en los gloriosos dias de la Hellenia; ¿que hubiera sido de vosotros si os hubierais visto precisados á combatir á los Griegos unidos y florecientes? ¿Qué bien está el hablar con menosprecio de mi conquista de Persia, á vosotros, famosos conquistadores que despues de tres siglos de guerra habeis logrado con el sudor de vuestra frente enseñorearos de algunas ciudades situadas mas allá del Tigris! Menos de diez años bastaron á Alejandro para domar la Persia y las Indias.» La sátira continúa de esta manera despiadada, altanera y exacta hasta Constantino, tratado con ultraje por el restaurador de la idolatría: la

entrega á la diosa de la molicie, que lo abraza, lo viste con una ropa mujeril de diferentes colores, y lo lleva por la mano á la lujuria. A su lado encuentra Constantino á su hijo Crispo, que gritaba incesantemente. «Corruptores de mujeres, homicidas, sacrilegos, malvados, acercaos todos los que tengais necesidad de expiación: con un poco de agua quedareis purificados. Si recaeis en nuevas faltas, daos golpes en la cabeza, en el pecho, y todo os será perdonado» (13).

Descúbrese aqui triple calumnia y odio inveterado; no reconocemos ya al soberano superior que condena á los malos príncipes, ni al hombre grande que juzga á sus iguales.

Juliano era músico y poeta de talento: nos quedan dos epigramas suyos elegantes, el uno contra el fero, y el otro describiendo el órgano poco mas ó menos tal como es en el dia (14). Sus cartas son instructivas, aunque escritas en estilo poco natural (15): copiaremos una en que abundan por demás las Nereidas, las Gracias, las Ninfas, vulgaridades de la mitología, y que se parece en extremo á las floridas epístolas de lirios y rosas que el gran Federico escribía á los literatos la víspera de una batalla; mas el asunto es interesante y las descripciones agradables, y nos revela varios secretos de la vida y de la juventud de Juliano.

La abuela materna de este le habia dejado una reducida posesion en Bithinia, y el emperador escribe á un amigo, cuyo nombre ignoramos, regalándoselas. ¿Quién es el rey de una provincia del imperio romano que no creyese en el dia menoscabar el dominio desmembrar el dominio de su corona, y comprometer la dignidad de su persona ofreciendo con tan buena voluntad la herencia de su abuela á un amigo?

«La casa no dista veinte estadios del mar; pero no aturden allí el mercader, ni el marinero gritador y pendenciero. No obstante, gózase en ella de los presentes de las Nereidas, y cómese el pescado fresco y palpitante. Si trepas á un cerro poco distante de la casa, verás la Propóntida, sus islas y la ciudad que lleva el nombre ilustre de un emperador. No vivirás allí en medio del alga, del musgo y de las demás plantas desagradables y desconocidas que arroja el mar á la playa, sino entre los sauces, el tomillo y las yerbas que exhalan perfumes. Recostado con un libro en la mano, despues de una lectura reflexiva podrás entregar al descanso tus fatigados ojos: el mar y los bajeles te ofrecerán un espectáculo encantador. En mi infancia me agradaba en extremo este sitio, porque reunia fuentes no dignas de desprecio, baños bastante limpios, hortaliza y árboles. Cuando llegué á la edad de hombre, ansiaba ardientemente, volver á ver tan delicioso sitio, y volví á él muchas veces en compañía de algunos amigos. Consagróme á la agricultura para plantar en aquella tierra, como un monumento, una viña que da vino suave y lleno de fragancia. Hallarás en mi cercado á Baco y á las Gracias: los racimos pendientes de la cepa, ó trasladados al lagar, exhalan el olor de las rosas; y encerrado el licor en el tonel es ya un néctar, si hemos de dar crédito á Homero. Me preguntarás quizás, ¿por qué siendo el terreno tan propio para el cultivo de la vid no he plantado mas? En primer lugar no soy un agricultor muy diestro, y las Ninfas me templan la copa de Baco; no queria mas vino que el necesario para mí y para mis convidados, cuyo número sabes que no es muy grande. Acepta pues, ese regalo, ¡oh querida cabeza (16)! Es de escaso valor, en verdad; pero lo que pasa de un amigo á otro amigo, de la casa á la casa, es muy dulce como lo dice el sabio poeta Píndaro.»

Los discursos de Juliano participan de los defectos de la literatura de su tiempo; mas el que dirige á los atenienses, libre en parte de tales lunares manifiesta la gravedad con que puede escribir la historia de la

guerra de las Galias y de la Germania. Sensible es que el apóstata haya elogiado tanto en sus dos panegiricos á Constantino su perseguidor, y haya estado tan frio en el elogio de Eusebia, su bienhechora, y quizás algo mas (17).

Juliano, gran admirador del tiempo pasado, quiso que el vocabulario de que se servia se remontase á los dias clásicos de la Grecia: revistió frecuentemente con la dicción antigua las ideas modernas; podemos formar concepto de este contraste por un ejemplo en sentido opuesto. El autor de las *Vidas de los hombres grandes* escribió en griego, en un idioma perfecto y anticuado y ha sido traducido al francés en un idioma imperfecto y naciente, lo cual ha originado un fenómeno extraordinario: el ingenio de Plutarco era cándido, y su lengua no lo era ya: se ha presentado Amyot, y ha suministrado á Plutarco la lengua que faltaba á su ingenio. Pero Amyot no es tan feliz en sus *Morales*; el idioma galo que tan bien se habia prestado á las narraciones del biógrafo, no ha podido verter las ideas complexas y las expresiones metafísicas del filósofo.

Grandes imperfecciones equilibraban las eminentes cualidades de Juliano: echaba á perder su carácter original copiando á otros hombres grandes, y parecia no serle natural sino la continua imitación. Habíase propuesto principalmente por modelos á Alejandro y Marco-Aurelio: su memoria dominaba sus acciones y hacia que su erudición tomara parte en su vida. Cuando devolvió á los obispos el tratado de Diodoro de Tarso en favor del Cristianismo, con las tres palabras: *Anegnon, egnon; categnon: lei, entendi, condené*; recordó con suma violencia el *Veni, vidi, vici*, de César. Sus actos de clemencia eran poco meritorios, porque el desden tomaba en ellos mas parte que la generosidad, superficial, burlon, petulante, argumentador sin decoro, de una locuacidad inagotable, habria degenerado en cruel si se hubiera dejado llevar de sus inclinaciones (18) En sus arrebatos involuntarios, rebajábase hasta el extremo de golpear con las manos y don los pies á las gentes del pueblo que se presentaban en sus audiencias (19). Su pudor es sospechoso; y aunque Mamertino asegura que su lecho era mas casto que el de una Vestal, es probable, cuando no cierto, que tuvo hijos naturales (20). El poder de una palabra es tan inmenso, que el nombre de apóstata dado á Juliano basta para manchar su memoria, aun al presente en que nos separan de este príncipe catorce siglos, y en que sucumben las instituciones que proscribía.

La antipatía de Juliano al culto de los cristianos se robusteció con el aborrecimiento que la inspiró el príncipe que asesinó á su padre, que entregó su hermano al verdugo, y amenazó por largo tiempo su vida. El ara antigua era entonces el ara perseguida, y Juliano se adhirió á ella del mismo modo que un carácter generoso abraza el partido de la patria, de la debilidad y del infortunio: quiso dar crédito á los absurdos que su razon condenaba, y empleó su ingenio como los filósofos de su época, en explicar por medio de alegorías el culto de aquellas divinidades, personificaciones de los objetos de la naturaleza, ó pasiones materializadas. La belleza de las ceremonias del paganismo encantaba su imaginación poética, alimentada con los ensueños de la Grecia, en el renacimiento de las letras verificado en el siglo xvi, algunos escritores de Francia y de Italia, enamorados de tan bellas fábulas, se convirtieron en verdaderos paganos, y abjuraron de su creencia entre las manos de Homero y de Virgilio. Juliano atribuía su salvación á su piadosa veneración hácia los dioses, que á él solo habian exceptuado de la justa sentencia pronunciada contra la impia familia de Constantino.

Su aversion al Cristianismo se acrecentó tambien probablemente con el espectáculo que ofrecía la so-

ciudad cuando subió al imperio. La herejía de Arrio lo había dividido todo y subdividido; no se oían sino anatemas lanzados y recibidos: los mismos católicos no se entendían ya; los obispos se disputaban las sedes, y el cisma añadía sus desórdenes á los de la herejía. Juliano había hecho la observación de que los

cristianos son mas crueles entre sí que las fieras con los hombres (21) (es un autor pagano el que lo afirma). Atanasio observa lo mismo de los Arrianos (22), Tales querellas extendidas por todas las ciudades, pueblos y aldeas debilitaban el imperio en el exterior, paralizaban la acción del poder en el interior, y ha-



GULIENO LE CONDENA Á SER ARROJADO Á LAS FIERAS.

cian la administración peligrosa y difícil. Los jueces los gobernadores se ocupaban exclusivamente en reprimir los delitos y sediciones de los cristianos. El famoso Jorge, obispo arriano de Alejandría perseguidor de los paganos y de los católicos, había asolado el Egipto con sus rapiñas y sus crueldades. Diodoro, uno de sus adherentes, cortaba por su propia autoridad la

cabellera de los niños, cabellera que la idolatría materna dejaba crecer en honor de alguna divinidad protectora. El pueblo cansado se sublevó, asesinó á Jorge y robó su biblioteca, cuyos restos mandó reunir cuidadosamente Juliano al prefecto de Egipto. La locura de los Galileos, dice el mismo príncipe en su carta á Artabio, lo ha perdido casi todo (23).

Juliano que no hubiera podido reconocer la verdad cristiana en medio de unos hombres que no se entendían sobre la naturaleza del Cristo, pudo creer, pues, que suprimiría á la vez todos los males sofocando todas las sectas bajo el dominio del antiguo culto: error fue este, propio de un juez preocupado, que tomó los

efectos por la causa, que no observó sino la parte exterior de los trastornos, que no vió el movimiento sino en la superficie, y no descubrió la idea inmóvil que descansaba en el fondo de tales turbulencias. Habíase verificado una revolución, y realizado un cambio en la especie humana.



LOS BARBAROS VIENEN A ATACAR Á LOS ROMANOS.

Sin embargo, la educación de la infancia del gran enemigo de la cruz había sido enteramente cristiana: había disputado sobre devoción en Marcelo con su hermano Galo; parece también que después de haber sido lector en la Iglesia de Nicomedia, se había hecho motilar, para hacerse fraile (24) intención que se ha querido atribuir á hipocresía, y que es más justo consi-

derar como impulso de un alma exaltada. Juliano no podía ser cristiano ni filósofo á medias, porque la naturaleza no le había dejado sino la elección del fanatismo.

Sea como quiera, tan pronto como este príncipe fue separado de Galo, se entregó á la pasión del estudio que le había inspirado Mardonio, su primer maes-

tro, y visitó en Pérgamo á Edesio, cuya escuela arrojaba sumo esplendor.

Edesio, gefe del neoplatonismo cuyo fundador habia sido Plotino, y discípulo y sucesor de Yámblico, era un anciano cuyo entendimiento vigoroso se elevaba hasta el cielo, á medida que su cuerpo se inclinaba hácia la tierra. Juliano queria adquirir toda su ciencia mas el anciano le dijo: «Amable pretendiente de la sabiduría, mi cuerpo es un edificio ruinoso, próximo á desplomarse: preguntad á mis hijos (25).»

Estos que Edesio llamaba sus hijos eran sus discípulos Máximo, Prisco, Eusebio y Crisanto: Juliano se dirigió primero á los dos últimos, Eusebio no daba crédito á la teurgia, y hablaba á Juliano contra los que operaban prodigios: Contóle que Máximo habia hecho sonreír en su presencia por medio de un grano de incienso purificado, y de un himno cantado en voz baja, á la estatua de la diosa del templo de Hecate, y que las antorchas se habian encendido por sí mismas (26). Arrebatado Juliano en el acto por la curiosidad, no quiso escuchar ya los racionios de Eusebio, y se apresuró á ir á buscar á Máximo á Efeso.

Máximo, de una edad que frisaba en la vejez llevaba una larga barba blanca: su elocuencia era atractiva, y el sonido de su voz se hermanaba tanto con la expansion de sus miradas, que no era posible resistir á su prestigio (27). Apremiado por Juliano mandó llamar á Crisanto, y ambos le instruyeron. Máximo condujo al jóven príncipe al subterráneo de un templo; despues de las evocaciones oyóse un grande estruendo, y aparecieron varios espectros de fuego. Juliano sobrecogido de terror hizo involuntariamente y por costumbre la señal de la cruz, y las sombras se desvanecieron. Juliano no pudo entonces dejar de admirar el poder del signo de los cristianos, y el filósofo le dijo con voz severa: «¿Creéis haber intimidado á los dioses? se han retirado por que no quieren tener relacion alguna con profanos como vos (28).»

Ignórase lo restante de aquella iniciación; pero aseguran que Máximo predijo el imperio á Juliano, si juraba abolir el Cristianismo y restablecer el antiguo culto.

Ademas; por densas que fuesen las nubes con que el neoplatonismo rodeaba su doctrina, sabemos que admitia potencias subordinadas, con las que se comerciaba por medio de la ciencia de la cábala. Como los filósofos no podian justificar las locuras del politeísmo tomado en el sentido absoluto, componian un sistema de alegorías en las que encerraban las verdades de la física, de la moral y de la tiología. Admitian un Dios.—Principio, cuyos atributos se convertian en divinidades inferiores.—Los astros, la tierra, el mar, los reinos, las ciudades, las casas, lo mismo que las virtudes y las artes tenian sus genios: los que al propio tiempo se ruborizaban y gloriaban de las antiguas supersticiones, recargaban así la imaginación inventando para justificarlas un sistema digno de ellas.

Subsistia en el fondo la antigua doctrina platónica llenando el intervalo inconmensurable que separa al hombre de Dios, seres que eran mas ó menos sublimes á medida que se hallaban mas próximos á Dios ó al hombre: nuestra alma, segun los grados de su virtud, se remontaba por esa dilatada cadena de héroes, genios y dioses, é iba á abismarse en el seno del Ser Supremo, hermosura, verdad, soberano bien, ciencia completa.

Mas atraído por los misterios que saciado de secretos, Juliano fué á buscar al fondo de la Grecia un anciano, sacerdote de Eleusis, que tenia fama de no ignorar cosa alguna. Si damos fe á Ennapo; única autoridad de esta narración, Juliano en el acto de su rompimiento con Constancio, llamó al referido sacerdote á las Galias, y le participó su proyecto, que no habia revelado mas que á Oribases su médico, y á Evemero su bibliotecario.

Juliano se hallaba versado en la teurgia y en ambas adivinaciones: sus creencias se componian de una mezcla de neoplatonismo, y de algunos recuerdos de su primera educación cristiana, envuelto el todo en el helenismo y en la mitología homérica. El neoplatonismo unia á la doctrina de Platon ideas tomadas de las escuelas pitagórica, estoica y peripatética. En virtud de la ley de la metempsicosis, pensaba Juliano haber heradado el alma de Alejandro: superstición natural en el valor, el ingenio y la gloria.

Libanio compara la verdad entrando de nuevo en el espíritu de Juliano, purificada del Cristianismo, á la estatua de los dioses vuelta á colocar en el templo en otro tiempo profanado. Segun el mismo Libanio, las divinidades amigas despertaban al discípulo imperial, tocando suavemente sus manos y sus cabellos (29); distinguía la voz de Júpiter de la de Minerva y no se engañaba en la figura de Hércules y de Apolo: platónico en el espíritu, estoico en el carácter, cínico en algunas costumbres exteriores, Juliano oraba y ayunaba en honor de Isis, de Pan ó de Hecate, del mismo modo que los Padres del desierto, sus contemporáneos, ayunaban y oraban en los dias de vigilia y de abstinencia. Si en aquella época afectaba la filosofía austeridad y pretendia obrar prodigios, es porque se veia obligada á poner alguna cosa á las virtudes y maravillas de los cristianos.

En efecto, poco tiempo despues del reinado de Juliano se promovió una persecucion contra los hombres acusados de magia y esta magia no era sino la reacción y el contrapunto de los milagros. El Cristianismo habia obligado al helenismo á recurrir á la imitación para conservar su poderío. La ceremonia del tanrébolo ó del crióbolo que remontaba por su principio á la mas remota antigüedad, se habia convertido en una simple parodia del bautismo. En la orilla de una zanja cubierta con una piedra horadada, el sacrificador degollaba un toro ó un becerro; la sangre de la víctima caía por los agujeros sobre el prosélito, colocado en el fondo de la zanja, las manchas de aquel pecador quedaban lavadas, al menos por veinte años. Los filósofos eran los solitarios de la religion de Júpiter, y como los ermitaños del Cristianismo, atribuianse un poder sobrenatural. Plotino evocaba con la ayuda de un egipcio á su propio demonio; cuando murió salió un dragon de debajo de su lecho y atravesó una pared. Yámblico se elevaba por el aire, y su cuerpo parecia resplandeciente! con el sonido de una palabra hizo un día que saliesen del fondo de un baño Ero y Antero, genios del amor. Edesio obligaba á los dioses á descender del Olimpo, y recibia de ellos oráculos en versos exámetros (30). Acabamos de ver las farsas de Máximo y de Crisanto; pues Simon el Mago y Apolonio de Tiane habian tenido las mismas pretensiones á la virtud teúrgica. Celso habia opuesto á los milagros de Jesucristo los prodigios de Esculapio, de Apolo, de Aristes y de Abaris. Los filósofos afectaban tanta semejanza con los ascéticos, que Juliano en un momento de enfado contra los cínicos, los compara á los monges galileos (31): pronto veremos á este príncipe procurando ordenar la policía de los templos con arreglo á la disciplina de las Iglesias. Finalmente, los idólatras reformados habian colocado una Trinidad á la cabeza de sus dioses; porque el paganismo, vencido en todas partes, se veia obligado, por decirlo así á hacerse cristiano.

Sin embargo, en esta trasfusión de la sangre social, en realización de la revolucion mas grande de la inteligencia, debemos observar tambien para ser justos y sinceros, la parte que el Cristianismo podia haber admitido de la filosofía y del paganismo.

¿El Cristianismo recibió de la filosofía los dogmas de la Trinidad, del Logos ó del Verbo?

Tuve ya ocasion de tratar en otra parte de esta cuestion: observé (32) que los Egipcios pudieron muy

bien haber conocido la Trinidad, como lo probaba la inscripción griega del grande obelisco del circo mayor de Roma: citó un oráculo de Serapis, referido por Heráclidas del Ponto y Porfirio (33), cuyo oráculo manifiesta esplicitamente el dogma de la Trinidad (34).

Los Magos tenian una especie de Trinidad en su Metris, Oromasis y Arimanis, ó Mitra, Oromas y Arimanis. Platon parece indicar la Trinidad en el Timeo, el Epinomes; y en una carta á Dionisio el Jóven, cita el Verbo del modo mas claro. Segun su doctrina, el Verbo Divino ha ordenado el Universo y le ha hecho visible (35): Platon habia tomado el dogma de la Trinidad de Timeo de Lueros, que lo aprendió en la escuela itálica. Los Pitagóricos confesaban la excelencia del Ternario: el Tres no es producido y produce todas las demás fracciones, por lo que tenia en la escuela pitagórica la calificación de número sin madre. Los Estoicos profesaban la misma teología, como lo atestigua Tertuliano, citando á Zenon y á Cleanto (36).

En las Indias y en el Tibet propiamente dicho, los Libros sagrados mencionan el Verbo y la Trinidad. Por último, los misioneros ingleses creen haber encontrado la Trinidad hasta en la religion de los salvajes de Otaiti (37).

Los primeros padres de la Iglesia, salidos casi todos de la escuela platónica, han confesado que su antiguo maestro se habia aproximado algunas veces á la doctrina pura; así se encuentra en Orígenes, en Tertuliano, en San Justino, en Atanasio (38) y en San Agustín. Este último refiere que habiendo leído los tratados de los Platónicos, descubrió en ellos las verdades de la fe relativas al Verbo de Dios, tales como se anuncian en el primer capítulo del Evangelio de San Juan. Observa que habiendo oido hablar del Cristianismo, muchos platónicos convinieron en que el Mesías era el Hombre Dios, y en que la verdad permanente, la inmutable sabiduría se habia encarnado (39). Platon habia declarado que si el Justo venia á la tierra seria desconocido y crucificado. Habíase esparcido desde la Persia hasta el fondo de Occidente, una tradición confusa de las encarnaciones del Dios indio.

Constantino en la arenga que he citado, señaló á Platon como el primer filósofo que atrajo los hombres á la contemplación de las cosas divinas (40).

Muy natural es que un hombre del talento de Platon se acercase á la verdad revelada, por la fuerza de su penetración: las verdades de la inteligencia, como todas las otras verdades, nos son mas ó menos accesibles segun la mayor ó menor superioridad de nuestro entendimiento. Pero la filosofía de Platon se hallaba envuelta en tanta oscuridad, en tantas contradicciones y errores, que es difícil deducir de ella el sistema de los cristianos. Despues Aristóbulo, José, S. Justino, Orígenes y Eusebio de Cesárea (41), anunciaron y probaron que Platon habia tenido conocimiento de los libros hebreos, y que en ellos habia bebido esa parte de su filosofía que tan poco se asemeja á la que le pertenece como propia, ó por mejor decir á Pitágoras, los ejemplares de las ideas y de la armonía de las esferas.

Pero ninguna inducción razonable puede inferirse de las doctrinas que han corrido despues del advenimiento de Cristo: el neoplatonismo en vez de haber dado á los cristianos la Trinidad, se la hubiera antes arrebatado, y Plotino y Porfirio recomposieron su sistema confuso del Ternario por el sistema positivo y claro de la nueva religion. Entonces apareció el dogma trinitario de los paganos mas esplicitamente enunciado, los tres dioses, los tres entendimientos, los tres reyes reunidos en la unidad demiúrgica. Los filósofos admiraban mucho las primeras palabras del Evangelio segun San Juan: *En el principio era el*

Verbo, y el Verbo era en Dios, y el Verbo era Dios. Decian que era necesario escribirlas en letras de oro en la fachada de los templos (42): San Basilio (43) asegura que habian llegado al extremo de apoderarse de las tales palabras, é insertarlas en sus obras cual si les perteneciesen. Eusebio de Cesarea, Teodoro y San Cirilo de Alejandría acusaron y convencieron á Amelio, discípulo de Plotino, de ser un plagiaro del Evangelio de San Juan, de este apóstol á quien Amelio llama desdeñosamente bárbaro (44). Teodoro compara los Neoplatónicos, imitadores de los fieles (y en particular á Porfirio), á las monas y á la cornuja de Esopo (45).

Solo puedo indicaros en los presentes estudios los asuntos que exigen un desarrollo considerable. Conviendría examinar si antes del Cristianismo revelado, existió ó no un Cristianismo oscuro, universal, esparcido por todas las religiones y todos los sistemas filosóficos de la tierra; sino se encuentra por do quiera una idea confusa de la Trinidad, del Verbo, de la Encarnación, de la Redención, de la caída primitiva del hombre; si el Cristianismo hizo ó no salir del fondo del santuario las doctrinas misteriosas que no se trasmitian sino por la iniciación; si llevando en sí su propia luz, no recogió todas las luces que podian unirse á su esencia, y si fue ó no una especie de eclecticismo superior, una elección exquisita de las verdades mas puras.

Hace tiempo ya que se ha inquirido el grado de influencia que pudo ejercer la filosofía sobre la doctrina de los padres de la Iglesia: por una parte se ha sostenido que trasformaron el Cristianismo moral de los apóstoles en el Cristianismo metafísico del concilio de Nicea; y por otra se ha combatido este aserto (46).

Los que querian defender á los Padres acusados de platonismo, hubieran podido valerse de la autoridad misma de Juliano, que pretende probar la falsedad del sistema de los cristianos, oponiéndoles el del gefe de la Academia: y en un pasaje, cuyo estilo abunda en belleza y en pesamientos elevados, compara la creación referida por Moisés á la creación tal cual la supone Platon. El dios de Moisés, dice, no ha creado ó por mejor decir no ha coordinado sino la naturaleza material, el mundo de los cuerpos; no habia poder alguno que engendrara la naturaleza espiritual el mundo animado, mientras que el dios de Platon da á luz primero los seres inteligentes, las Potencias, los Angeles, los Genios, los cuales crean en seguida por delegación del Dios Supremo, las formas ó la naturaleza visible que los representan, los Cielos, el Sol y las Esferas, que son los vestidos ó las imágenes de las Potencias, de los Angeles y de los Genios.

El principio esencial del alma, es uno de los misterios en que mas tarde nos hemos fijado; los Padres vacilan y presentan diferentes opiniones, y en los siglos ix, x y xi el campo de las discusiones permanecia abierto, aun sobre este punto á los escritores eclesiásticos.

Todo esto en nada perjudica á la cuestion fundamental; una cuenta fuese posible probar que se conocieron mas ó menos las doctrinas del Cristianismo antes de su era, nada podria perder con esta prueba. Lo he dicho ya, los entendimientos vigorosos pudieron descubrir las verdades radicales, antes de que el género humano hubiese adquirido estas mismas verdades por medio de una revelación directa. Lejos de destruir la fe, este seria un nuevo y prodigioso argumento en su favor, porque entonces quedaria demostrado que es conforme á la religion natural de las inteligencias mas elevadas.

Tales son las relaciones que existian entre la filosofía y el Cristianismo. En cuanto al paganismo, la religion cristiana tomó de él algunas fórmulas aplicables á todas las religiones, algunos ritos, algunas preces, cierta pompa, que solo necesitaban mudar de